



Humanidades
en Diálogo



Torralba, José María.
*Una educación
liberal: elogio de los
grandes libros*. Madrid:
Ediciones Encuentro,
2022, 172 pp.

Vicente de Haro Romo
Instituto de Humanidades
Universidad Panamericana
vharo@up.edu.mx

Dice Roosevelt Montás, profesor de la Universidad de Columbia que prologa este volumen, que *Una educación liberal* es un libro importante. Yo agregaría que es además propositivo y realista y que está planteado desde una comprensión profunda de la educación y de la tradición clásica (entendiendo este concepto de modo no-historicista, sino normativo). El trabajo de José María Torralba está respaldado en una experiencia amplia y fértil; se trata de una reflexión madurada y sustentada en muchos años de trabajo docente. Como él mismo aclara en la Introducción (cf. p. 19), entiende por “educación liberal” aquella en la que el conocimiento se valora por sí mismo y se pretende formar a la persona de modo integral. Se inscribe así su propuesta en un marco que evoca la *paideia* griega o la *Bildung* de los románticos alemanes, no en la tendencia meramente profesionalizante de hoy en día. Sin embargo, el volumen no es un lamento por el paradigma perdido, sino un esperanzado programa de acción a partir de lo que el autor conoció en una estancia de investigación en Chicago y después en su relación con la Association for Core Texts and Courses (ACTC), promotora de una iniciativa educativa que él mismo ha proyectado hacia Europa y concretamente, hacia la Universidad de Navarra, en España. Torralba repasa los argumentos que sustentan la necesidad social de las humanidades (en el capítulo primero) y narra la historia y desarrollo del *core curriculum* en los Estados Unidos en el segundo apartado. Después (en el capítulo tercero, que es la parte más filosófica del volumen) detalla lo que considera los tres rasgos esenciales de la educación liberal o humanista: 1) el planteamiento de una perspectiva sapiencial, 2) el ejercicio de la capacidad de juzgar (Torralba usa con mayor frecuencia esta expresión de cuño kantiano, *Urteilkraft*, pero también se podría hablar en términos de *phrónesis* aristotélica) y 3) la promoción del amor a la verdad.

El capítulo cuarto es de nuevo narrativo para transmitir la experiencia personal del autor en el establecimiento de un programa de grandes libros en su institución de adscripción, la ya citada Universidad de Navarra. Pero los siguientes vuelven a ser argumentativos y bastante filosóficos: en el quinto se defiende el lugar de la enseñanza ética a nivel universitario y la necesidad de un modelo de formación del carácter; en el sexto se plantean los modos posibles de relación y la coincidencia de fondo entre un ideario religioso concreto, el del Catolicismo, y la idea misma de Universidad y en el séptimo se trata de la institución universitaria como comunidad de personas, de amigos, y no sólo ya como empresa de relevancia social o yuxtaposición de comunidades epistémicas. Las conclusiones se presentan a modo de un muy interesante decálogo para la educación humanista.

La redacción amable y clara del libro, el uso frecuente de anécdotas en el diálogo con los estudiantes, algún giro provocador en la escritura (como en el título del capítulo segundo, donde Torralba admite un sentido acotado en el que las humanidades se habrían “inventado” en los E.E.U.U., en tanto ahí se impulsa el movimiento de los *Great Books* y se frecuenta la expresión *Liberal Arts*) y algún guiño de mayor calado (como en el título del capítulo sexto, “Nacida del corazón de la Iglesia”, para aludir al origen de la Universidad como tal), todo ello hace de la lectura del volumen una experiencia grata, una conversación fluida con un admirado maestro que es ameno, convincente, tan sabio como

accesible. Ello no obsta para que a lo largo del libro el lector asuma que está abordando temas serios y urgentes y está tematizando una importantísima responsabilidad de la Universidad, y concretamente de los profesores universitarios, cara a la sociedad. Torralba muestra la necesidad de las humanidades en la formación de los jóvenes para la acción cívica y la participación democrática y el papel de las universidades que quieren ser dignas de tal nombre como diques y resistencias ante la tecnocracia y la racionalidad instrumental. El autor tiene presente a Newman y su idea de universidad, pero la asume como regulativa; no condena a las instituciones actuales por no dar la talla del ideal del santo londinense, sino que es sensible a las circunstancias cambiantes y asume la lógica de lo disponible. También evoca la propuesta de Ortega de una “facultad de cultura” y critica de modo inequívoco la reforma de Bolonia que prácticamente ignoró los ideales humanistas.

Torralba acierta también cuando pone esta responsabilidad de un resurgimiento humanista en manos de profesores y alumnos y no la confía a las estructuras — aclara que no ello no responde a que los líderes institucionales tengan mala voluntad o sean tecnócratas sin excepción, sino al hecho de que si surge de ahí lo “esencial universitario” automáticamente se desnaturaliza, se “positiva” en el sentido hegeliano del término. Atinado me parece también que Torralba defienda que el fundamento de la unidad del saber en la Modernidad no es incompatible con el fundamento del saber en el Medievo, que es Dios mismo: en tanto ambos se respalden en la razón, es posible rescatar la unidad y evitar la multiversidad, es posible enseñar a juzgar más allá de adoctrinamientos ideológicos y es posible descubrir la contemporaneidad de los clásicos, que los hay antiguos, medievales y modernos (insisto en que se trata de comprender el concepto de “clásico” de modo gadameriano, con valía normativa y no como exclusivo de una era en particular).

El planteamiento del autor es integrador y dialógico: es así como propone reivindicar la enseñanza ética y la formación del carácter en el contexto universitario sin incurrir en un paternalismo indeseable y contraproducente o en el autoengaño de una pretendida neutralidad. La formación moral que propone Torralba no roza en ningún punto con la manipulación, sino que invita a un camino compartido, de modo semejante a lo que planteaba C.S. Lewis en *The Abolition of Man*, respecto a cómo el verdadero educador se distingue del manipulador conductista en que éste último no se somete a lo que impone, mientras el educador camina por la misma senda. También coincide Torralba con Lewis cuando subraya que lo más opuesto a la verdad es la indiferencia; en efecto, si bien nunca cabe descuidar la corrección de los contenidos, parece que hoy en día lo más relevante es enseñar a los jóvenes que los argumentos importan, que las razones hacen la diferencia.

Es también dialógicamente que este libro propone una identidad integrada de las universidades cristianas, sin yuxtaposición o subordinación entre sus dos dimensiones identitarias, en la línea de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*. Finalmente, es asimismo realista y constructiva

la propuesta de que incluso en universidades de tradición napoleónica y de orientación hacia la investigación y hacia la profesionalización puede rescatarse la idea de universidad como comunidad intelectual, como espacio de solidaridad y de amistad.

Que un filósofo español recoja el guante de las universidades norteamericanas (Torralba subtitula en algún lado con aquella referencia: “de los bárbaros, la salvación”) para enfrentar la “empresarización” y consecuente decadencia de la institución universitaria, no deja de llamar la atención. El talante de Torralba y de su libro es, reitero, abierto e integrador: se trata de apreciar la verdad de donde venga y hacer alianzas con todo lo que aporte, sin renunciar a la perspectiva crítica; el mérito es grande: no sé si muchos profesores norteamericanos son capaces de exponer tan bien como Torralba la historia de los desarrollos educativos en Columbia, Chicago y Harvard, las tensiones de las *Canon Wars* y las debilidades del modelo de la *leadership*, por ejemplo. Pero más que la precisión en los relatos históricos o en el diagnóstico de la problemática, quiero subrayar el espíritu que permea el volumen: un ánimo pluralista, pero anti-relativista, auténticamente socrático, receptivo con los aportes de la Modernidad, nunca elitista —lo propuesto por Torralba es todo lo contrario de aquello de las “humanidades sin humanismo”—, ni fideista ni racionalista, consciente de la precariedad de las condiciones actuales y del humilde servicio que puede hacer un profesor universitario al mundo, pero a la vez convencido de que la honesta búsqueda de la verdad y el generoso intento de compartirla tienen sentido.

Es por todo ello que me parece que el libro *Una educación liberal: elogio de los grandes libros*, de José María Torralba, es sumamente recomendable para profesores de Humanidades, lo es también para profesores universitarios de cualquier disciplina y es casi indispensable para directivos y gestores. El volumen es sin duda un aporte y un remanso, en un escenario a menudo y por lo general desesperanzador.